

Tres fechas importantes en la historia de la Astronomía Argentina: 1871, 1935, 1958

Jorge Sahade¹

Universidad Nacional de La Plata

La Asociación Argentina de Astronomía celebra en el 2008 sus primeros 50 años de vida, un aniversario casi simultáneo con el del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), institución que en el mes de abril estuvo también recordando, en sus distintos centros, los cincuenta años de vida activa, iniciados bajo la presidencia de un grande de la ciencia en Argentina, el Profesor Dr. Bernardo Houssay, Premio Nobel de Fisiología y Medicina 1947.

La tarea de relatar todo lo que de aquella época pudiera decirse, seguramente la podrían también cumplir, mucho mejor que quien escribe, otros participantes de aquella ocasión señera, que tuvo lugar en la ciudad de San Juan, como Alejandro Feinstein o Adela Emilia Ringuelet o José Augusto López. Ellos, junto con este autor, constituimos, según parece, el cuarteto que aún perdura de aquella ocasión tan importante como memorable.

Dado que en este mismo volumen se tratará específicamente la historia de nuestra Astronomía, institución por institución, me he sentido en casi total libertad para referirme a hechos que no están relacionados necesariamente con la Asociación, pero sí con el desarrollo de nuestra ciencia en el país y que, tal vez, nadie más va a mencionar, aunque ciertas cosas merecen, ciertamente, ser dichas más de una vez, sobre todo para que queden grabadas en la mente de nuestros colegas más jóvenes y de los estudiantes de Astronomía.

Empezaré, entonces, haciendo algunas referencias relacionadas con el comienzo de la actividad astronómica en nuestro país, que, aunque sabidas, conviene que sean repetidas aquí para tener un cuadro de situación más completo.

Aunque la Argentina no fue el primer país de América Latina que estableciera un observatorio astronómico, ni fuera tampoco el primer país de América Latina donde astrónomos del hemisferio norte hicieran observaciones astronómicas, fue, sin embargo, y esto es absolutamente así, el primer país latinoamericano que iniciara una real y necesaria actividad astronómica de jerarquía, lo que ocurrió en 1871. Esto fue totalmente el resultado de una decisión gubernamental del entonces presidente de la Nación, don Domingo Faustino Sarmiento, y de la actividad desarrollada con personal e instrumentación altamente idóneos y con un programa serio, de jerarquía y alcance internacionales, que se prolongara en el tiempo y creara una tradición que ha perdurado; a pesar de esto el apoyo gubernamental ha disminuido notoriamente, en claro contraste con lo que desde hace ya algún tiempo ocurre en otros países latinoamericanos como Brasil, México y Chile. En ellos, sus gobernantes tienen, evidentemente, un concepto muy claro acerca de la importancia del desarrollo científico para el presente y el futuro de sus pueblos y obran en consecuencia.

De la primera época de nuestra Astronomía, debemos destacar, como ejemplo de acción gubernamental, repito, el nombre del Presidente Sarmiento, a cuya decisión, sin titubeos de ninguna naturaleza y a pesar de los problemas económicos que caracterizaban entonces al país, y a pesar también de las duras críticas que se generaron en algunos círculos, debemos el comienzo de una tradición en la actividad astronómica seria en nuestro país, que ha perdurado desde entonces.

Como creo que todos deben recordar, antes de llegar a la Presidencia de nuestro país, Sarmiento había, felizmente, desempeñado el cargo de Embajador en los Estados Unidos, donde sus inquietudes le habían hecho frecuentar círculos literarios y científicos que le permitieron meditar sobre el futuro de la Argentina y, desde luego, conocer a personalidades importantes pertenecientes a distintas áreas de la actividad humana, entre ellas, a un astrónomo, Benjamin Apthorp Gould. Este astrónomo era egresado de la Universidad de Harvard, y con estadas en varios observatorios europeos y un título de doctor en Astronomía de la Universidad de Göttingen, donde estudió nada menos que con Carl Friedrich Gauss. Recordemos de paso, que Gould había sido el fundador, en 1849, de la publicación *The Astronomical Journal*, que pudo producirse hasta 1861, y se reiniciara luego, en 1885, perdurando su existencia hasta la actualidad, como sabemos.

Gould pudo conversar con Sarmiento acerca de la necesidad de realizar imperiosamente trabajos de determinación de posiciones estelares del cielo visible en nuestras latitudes, una tarea que ya había sido realizada en el hemisferio norte. Así nació el Observatorio Astronómico Nacional, instalado en la ciudad de Córdoba, zona del país que, en ese entonces, gozaba de un clima muy apropiado, según había encontrado James Melville Gillis, teniente de la Armada de los Estados Unidos, quien había estado en Chile, en la isla Chilóe, casi sobre el mismo meridiano en que se encuentra el Observatorio Naval de Washington, contribuyendo a realizar observaciones simultáneas, en los dos hemisferios, de Venus frente al disco solar, para determinar la paralaje del astro rey. En su viaje de regreso a su país natal, Gillis había pasado por Córdoba y reconocido las características óptimas del cielo de la región en ese entonces y las ventajas que ofrecía la misma.

Convendría tal vez recordar también, para completar la información, que, por iniciativa de Gould, Sarmiento logró hacer aprobar una ley en 1872 que creaba una Oficina Meteorológica Nacional, la que funcionó bajo la dirección desinteresada del astrónomo norteamericano. En 1885, al regresar Gould a los Estados Unidos, tal servicio fue convertido en una actividad dependiente del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Esa primera vinculación del observatorio con la meteorología es la que puede haber creado, por lo menos en parte, la creencia, algo generalizada entre nosotros, de que los astrónomos somos también meteorólogos y nos dedicamos a predecir el acontecer climático. O, quizás, la posible razón resida en el hecho de que un nombre que ha trascendido en el tiempo, vinculado a la meteorología y, también en parte, a la astronomía, es el de don Martín Gil, nacido en Córdoba y calificado normalmente como meteorólogo, astrónomo y escritor, quien actuó en esos campos y llegó, incluso, a estar al frente del Servicio Meteorológico Nacional.

Como era natural, los primeros directores, tanto del Observatorio ubicado en Córdoba así como del de La Plata, creado este en 1882, es decir, unos once

años más tarde que el Nacional, fueron extranjeros. La situación era todavía la misma en la década de 1930, o sea, prácticamente sesenta años después del comienzo de la actividad astronómica en el país. Surge entonces la segunda gran figura en el desarrollo de la astronomía argentina, el ingeniero geógrafo don Félix Aguilar, quien ocupara el cargo de director del Observatorio de La Plata en dos oportunidades, de 1916 a 1920 y de mayo de 1934 a septiembre de 1943, cuando lamentablemente fallece a raíz de un ataque cardíaco tras una discusión muy acalorada con un miembro del personal científico de la institución, según trascendió.

Aguilar advirtió claramente que, para asegurar el futuro de la Astronomía en nuestro país, era absolutamente necesario proceder a la formación de astrónomos argentinos. Así, en su segunda actuación al frente de la dirección del Observatorio de La Plata, logró que nuestra Universidad aprobara la creación y el funcionamiento de una Escuela Superior de Ciencias Astronómicas y Conexas, que incluía la Astronomía, la Geodesia y la Geofísica, y que, en verdad, existía en los papeles desde que el Observatorio, que fuera una institución provincial en un comienzo, pasara a depender de la Universidad local. La Escuela se inaugura al comenzar el año lectivo de 1935, con un acto oficial muy importante en el cual estuvieron presentes el presidente de la Universidad, Dr. Ricardo Levene, el director de su Instituto de Física, Dr. Ramón Loyarte, el presidente del Consejo Nacional de Observatorios, monseñor Fortunato Devoto, el director del Observatorio, ingeniero Aguilar, y otras autoridades.

Para mayor atracción de posibles interesados, dicha Escuela se crea sin la exigencia del pago de aranceles por parte de los estudiantes, pago que era de práctica general en ese entonces. Los primeros jóvenes que se inscribieron como alumnos en la Escuela fueron Carlos Ulrico Cesco y Guillermina Martín, quienes, a poco, contrajeron matrimonio, lo que impulsó a Guillermina a abandonar los estudios para dedicarse a las tareas propias del hogar. Carlos Ulrico llega, entonces, a ser el primer egresado de la primera Escuela de Astronomía de Argentina y también de América Latina. Para el permanente recuerdo de Ulrico, con su nombre ha quedado designada la Estación de Altura del Observatorio Félix Aguilar, ubicada en el cerro El Leoncito, en la precordillera sanjuanina, la cual depende de la actual Universidad Nacional de San Juan. El Observatorio Félix Aguilar había sido creado por Carlos Ulrico Cesco, Juan José Nissen y Bernhard Hildebrant Dawson, con la ayuda del sacerdote Juan A. Bussolini, director entonces del Observatorio jesuita de Física Cósmica, ubicado en San Miguel, provincia de Buenos Aires. Bussolini les consiguió la donación de un telescopio mayor de aficionado, al decidir los tres astrónomos abandonar el Observatorio de La Plata, a cuyo personal pertenecían, por no estar de acuerdo con la política y las exigencias del director de entonces, que había sido designado por el gobierno militar que regía en el país en esa época. Eso ocurrió, si no recuerdo mal, hacia fines de 1947 y el establecimiento del pequeño observatorio contó con la aprobación de las autoridades de la entonces Universidad Nacional de Cuyo.¹

En 1935, me inscribí en el tercer año de la carrera porque, dados mis estudios previos de Agrimensura en Córdoba, me habían dado por aprobados los dos primeros años, salvo los cursos de Física, que debí seguir y rendir en el Instituto

¹Ver el artículo de C. López en este mismo volumen, pág. 193. (*N. del E.*)

de Física de la Universidad, donde eran dictados por su director, el Dr. Ramón Loyarte. En ocasión de asistir a dichos cursos, comenzó mi gran amistad con José Antonio Balseiro y, luego, con quien más tarde fuera su esposa, Covita.

Mis compañeros de curso en el Observatorio fueron Alba Dora Nina Schreiber, quien llegó a ser la segunda egresada de la carrera, y Gualberto Mario Iannini, el cuarto. Quien escribe fue el tercer egresado de la carrera. Iannini llegó a desempeñarse como astrómetra en Córdoba, ciudad donde se radicó definitivamente. Mi amistad con él ha perdurado y llegamos a comunicarnos telefónicamente varias veces durante el año. En cuanto a Alba, una vez graduada de doctora en Astronomía, estuvo un tiempo corto en Córdoba y, luego, se radicó en la ciudad de San Juan, donde se dedicó a la docencia universitaria y secundaria. En 1939, por algún tiempo, se agregó a nuestro grupo de alumnos el sacerdote jesuita Juan A. Bussolini, de quien ya he hecho mención.

Varios estudiantes se fueron incorporando en años subsiguientes, pero ninguno llegó a terminar la carrera hasta algún tiempo más tarde, en que sí llegaron a culminar sus estudios, Jorge Landi Dessy, en 1949, y Armando Cecilio, Elsa Gutiérrez y Carlos Rüdiger Jaschek, en 1952.

En mi época de estudiante en el Observatorio, el cuerpo de profesores estaba integrado por el señor Juan José Nissen, el Dr. Dawson, el ingeniero Aguilar, el ingeniero Numa Tapia, el Dr. George Dedebant, el ingeniero Simón Gershanik, el Dr. Alexander Wilkens y, por pocos años, el Ing. Esteban Terradas, una eminencia española.

Volvamos a Córdoba. En 1912, el tercer director en la historia del Observatorio, el Dr. Charles Dillon Perrine, originariamente del Observatorio Lick de los Estados Unidos, había logrado, a través de las autoridades gubernamentales, que el Congreso de la Nación aprobara los fondos necesarios para dotar a la institución de un telescopio reflector de un metro y medio de diámetro, dimensión igual a la del telescopio más grande construido hasta ese momento en el mundo y que había sido erigido en los Estados Unidos, en Mount Wilson, estado de California. Pero Perrine pretendió figurar los espejos en Córdoba sin tener ni el personal idóneo ni los medios para hacerlo, lo que demoró, innecesariamente y por un número demasiado grande de años, la puesta en funcionamiento del instrumento.

Teniendo en cuenta esa circunstancia y su estado de salud, en 1936 el Dr. Perrine es jubilado de su cargo y el Ing. Aguilar es designado interventor en Córdoba, cargo que llega a desempeñar *ad honorem* y simultáneamente con su cargo al frente del Observatorio de La Plata hasta que el señor Nissen asume las funciones de director titular, tras ser designado como tal por decreto del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación del 15 de junio de 1937. Cuando Nissen renuncia al cargo en 1940, el Dr. Gaviola es quien asume entonces, la dirección de la institución, lo que ocurre el 24 de julio de ese año, en cumplimiento del decreto correspondiente del Poder Ejecutivo Nacional.

¿Quiénes eran Nissen y Gaviola? Nissen, nacido en Entre Ríos, había iniciado en 1918, en la Universidad de La Plata, los estudios de Matemáticas y, a fines de 1920, decide aceptar una beca asignada por el gobierno de su provincia natal y viaja entonces a Europa donde cursa estudios de Matemáticas, Astronomía y Física, tanto en Italia como en Alemania, regresando al país en 1926. Aquí, se desempeñó sucesivamente en varias instituciones, llegando, finalmente, a ser de-

signado miembro del personal científico y docente del Observatorio de La Plata. El Dr. Gaviola, por su parte, era un físico nacido en Mendoza y graduado en Alemania, en Berlín, adonde fuera a estudiar por consejo del físico alemán, el Dr. Richard Gans, que era profesor en la Universidad de La Plata, donde Gaviola se había recibido de agrimensor. En Alemania, sus profesores fueron grandes personalidades científicas como Max Planck, Max Born y Albert Einstein, todo un motivo de orgullo para cualquiera.

Entiendo que la primera reunión científica sobre temas de Astronomía y de Física realizada en nuestro país tuvo lugar en 1942 en el Observatorio Astronómico Nacional, como marco para la inauguración oficial del telescopio reflector de un metro y medio de diámetro instalado en el lugar denominado Bosque Alegre, a pesar de que, en esa época, allí no existía ningún bosque, ni el sitio era particularmente alegre. Los terrenos para la estación de observación habían sido donados al gobierno nacional, con mucho placer, por sus dueños, que lo eran de una zona muy amplia en el lugar.

Entre el personal científico de la época de Gaviola como director en Córdoba, se destacaba la presencia de un físico europeo, el Dr. Guido Beck, nacido en territorio que, en ese entonces, era austro-húngaro, quien permaneció algunos años en Córdoba y, luego, en 1951, se trasladó al Brasil. En cuanto que yo recuerde, fueron alumnos de Beck en Córdoba, por lo menos, José Antonio Balseiro, Alberto Maiztegui y Damián Canals Frau. Este último, posteriormente, se llegó a radicar definitivamente en París donde ocupó una posición en su Instituto de Óptica. Maiztegui vive, como siempre, en Córdoba.

En 1962, al fallecer Balseiro, Beck fue llamado para reemplazarlo como director del instituto que aquél había creado y dirigido en San Carlos de Bariloche y que, después, recibió el nombre de Instituto Balseiro. En 1975, Beck decidió regresar de nuevo a Brasil y radicarse definitivamente allí, país donde falleciera en 1989.

Los espejos del telescopio de 1,52 metros de abertura de Córdoba fueron, finalmente, figurados en un laboratorio adecuado de los Estados Unidos, en Caltech, el Instituto de Tecnología de California, que está ubicado en la ciudad de Pasadena, con la participación y/o, por lo menos, la aceptación final de Gaviola, según tengo entendido.

Al ser inaugurado, el telescopio de Bosque Alegre estaba dotado del primer espectrógrafo del mundo con óptica totalmente reflectora, el cual fuera diseñado por Gaviola y construido con la participación del Dr. Ricardo Platzeck (tal vez el único colaborador que jamás haya podido tener Gaviola, dado su carácter) y también con la participación del eximio Jefe del Taller Mecánico del Observatorio, don Ángel Gomara. Dicho espectrógrafo estaba caracterizado por un campo focal curvo que requería la utilización de placas fotográficas muy delgadas y muy angostas las que, muchas veces, para desconsuelo del astrónomo, se quebraban durante la exposición, sobre todo si el ambiente era húmedo y/o el corte de la placa no había sido perfecto. El Dr. William Bidelman, que llegó a utilizar, durante una visita a nuestro país, el espectrógrafo en Bosque Alegre, lo llegó a calificar jocosamente como una "*testing machine*".

Recuerdo que los viajes de Córdoba a Bosque Alegre, los hacíamos en un vehículo sin carrocería que conducía Gomara, y que disponía únicamente de una

lona para poder protegernos de una eventual lluvia. En esos viajes llegué a hacer mi aprendizaje como conductor de automotores, con Gomara como instructor.

A la reunión científica organizada para inaugurar oficialmente la estación de Bosque Alegre, fue invitado el Dr. Otto Struve, director entonces del Observatorio Yerkes de la Universidad norteamericana de Chicago, que está ubicado en la población de Williams Bay, en el estado de Wisconsin, cerca del Lago Geneva. También fueron invitados el director del Observatorio de Mount Wilson, y el Dr. Willem Jacob Luyten, astrónomo holandés que pertenecía al personal docente de la Universidad de Minnesota, en los Estados Unidos. Las invitaciones fueron extendidas muy cerca de la fecha de la inauguración y algunos invitados habían adquirido ya otros compromisos. Eso era así en el caso del Dr. Struve, quien pensó en pedirle al Dr. Subrahmanyam Chandrasekhar, Premio Nobel de Física 1983, que lo reemplazara, pero Chandra, como se lo llamaba comúnmente, ya estaba también comprometido para las fechas de la invitación, y Struve no quiso pensar en gente de menor jerarquía, de modo que nadie representó al Observatorio Yerkes en Córdoba. Por su parte, el director de Mount Wilson decidió no venir él personalmente y envió, en su representación, al Dr. Roscoe F. Sanford, porque, por lo menos, conocía algo del idioma castellano. En esa ocasión, Gaviola llegó a afirmar que Struve no vendría porque tenía temor de confrontar ideas con él, lo que, desde luego, estaba absolutamente lejos de ser así.

El Observatorio de Córdoba fue también el lugar donde Gaviola creó la Asociación Argentina de Física y donde se realizó su reunión científica inicial, en 1944, si no recuerdo mal. La siguiente, tuvo lugar ya en la ciudad de Buenos Aires.

A fines de 1949, se llegó a rumorear que el gobierno nacional ya no quería tener bajo su dependencia directa a ningún observatorio del país y que, como el Observatorio Naval dependía de la Marina, todos los observatorios del país deberían depender también de Marina. Al final, los dos observatorios vinculados con universidades nacionales no sufrieron ningún cambio de jurisdicción y el que había sido el Observatorio Astronómico Nacional pasó a depender de la Universidad Nacional de Córdoba.

Otra de las cosas vinculadas con la Astronomía que nadie debe, tal vez, recordar y que, a lo mejor, valga la pena mencionar aquí, es la publicación, en La Plata, del *Information Bulletin for the Southern Hemisphere*, decidida en ocasión de la Asamblea General de la Unión Astronómica Internacional, que tuvo lugar en los Estados Unidos, en Berkeley, California, en 1961. La publicación llegó a aparecer dos veces por año, desde 1962 hasta 1975, con un total de 27 números, gracias a pequeños subsidios anuales de ciento veinte o ciento cincuenta dólares, no recuerdo bien, de la Unión Astronómica Internacional, y, algunas veces, un pequeño subsidio extra del CONICET. La publicación llegó a contar con entusiastas colaboradores de nuestro país, de Brasil, Colombia, Chile (en este caso, de las distintas instituciones que coexisten en el país vecino), Ecuador, Gran Bretaña (para sus actividades en nuestro hemisferio), Indonesia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Uruguay y Venezuela. En particular, la colaboración de Australia y Sudáfrica fue extraordinariamente decidida y eficaz. De la información de nuestro país se ocuparon, en distintos años, José Luis Sérsic, Adela Emilia Ringuelet o quien escribe. En total, llegamos a publicar veintisiete números, el primero de los cuales corresponde a marzo de 1962, suspendiéndose la publicación con

el número 27, fechado en junio de 1975, después que el Secretario General de la Unión Astronómica Internacional, que asumiera en 1973, considerara que la Unión no debía seguir subsidiando la publicación.

Vayamos ahora a cómo comenzó nuestra Asociación. En junio de 1958 yo había regresado de los Estados Unidos, de la sede de la Universidad de California en Berkeley, donde permanecía desde enero de 1955. Mi regreso tuvo su origen en un ofrecimiento, que me pareció aceptable, del cargo de Jefe de Departamento y Profesor, que me hizo llegar el entonces director del Observatorio de La Plata, el Dr. Reynaldo Pedro Cesco.

A poco de regresar, me enteré de que el astrónomo italiano Dr. Livio Gratton, quien ocupaba el cargo de director del Observatorio de Córdoba, había decidido organizar una reunión científica en la ciudad de San Juan, en el mes de septiembre, con el objetivo de formar, con absolutamente todos los astrónomos de nuestro país o, por lo menos, con los astrónomos allí presentes, el Comité Nacional de Astronomía que requiere la Unión Astronómica Internacional de los países miembros. Como esa idea no encajaba con lo que requiere realmente la Unión Astronómica, preparé un posible reglamento para una Asociación Argentina de Astronomía, que discutí con miembros del personal de astrónomos de La Plata, particularmente, durante el viaje que hicimos en tren para trasladarnos de Buenos Aires a San Juan.

Cuando el Dr. Gratton formuló su propuesta, le dijimos que la misma no podía ser y le mostramos la documentación correspondiente de la Unión Astronómica. Al final, llegamos entonces a decidir crear, con todos los asistentes, una Asociación Argentina de Astronomía, regida con el reglamento que habíamos preparado en La Plata y establecer, como correspondía, un pequeño Comité Nacional de Astronomía presidido, la primera vez, por Carlos Rüdiger Jaschek. El Dr. Gratton propuso, en la ocasión, que el Dr. Bernhard Hildebrandt Dawson, quien se había reincorporado a La Plata como miembro del personal del Observatorio, fuera designado primer Presidente de la Asociación, lo que fue aceptado por aclamación general. Así comenzó a existir nuestra Asociación, cincuenta años atrás. Desde entonces, la Asociación ha organizado todos los años una reunión científica aunque, en unas muy pocas ocasiones, creo que solo en un par de ellas, se llegaron a organizar dos reuniones científicas anuales, pero eso fue muy excepcional y no se repitió.

Agreguemos que antes de que se fundara nuestra Asociación Argentina de Astronomía, la suplía, en cierto modo, la Asociación Argentina Amigos de la Astronomía, fundada en Buenos Aires el 4 de enero de 1929 con 82 miembros de distintos lugares del país y de Montevideo. Entre esos miembros se encontraban astrónomos de La Plata, en cuyo Observatorio se estableció la Secretaría del organismo. La revista de la Asociación, creada por Carlos Cardalda, prácticamente al mismo tiempo, ya que su primer número tiene fecha de abril de 1929, sirvió de vehículo para la publicación de escritos redactados por astrónomos que actuaban en los observatorios y cuyas características no se correspondían con las publicaciones habituales de los mismos. El Dr. Dawson, gran astrónomo profesional y, a la vez, ferviente aficionado por naturaleza, llegó aún a ser presidente de la Asociación caracterizada por una cuádruple A.

Permítanme que concluya este relato haciendo algunos comentarios que me parecen pertinentes aunque no tengan una relación directa con la celebración

del cincuentenario de la Asociación Argentina de Astronomía. Quisiera, entonces, terminar haciendo referencia simplemente a dos aspectos importantes en el desarrollo científico del país: la enseñanza y la investigación universitarias, y, además, también a la importancia de llegar a desarrollar las actividades de posgrado en un lugar y ambiente distintos a aquellos en los cuales el profesional se logró formar.

En primer lugar, pienso que hay que abandonar el concepto de que una Universidad es solamente un centro de enseñanza. Si en una Universidad no se cultiva y fomenta la investigación científica de jerarquía, lo que nos permite desplegar una continua actividad creativa y renovadora, su vida, como centro de excelencia, es efímera y sin futuro. Por consiguiente, las universidades deben propiciar y preocuparse no solamente por la calidad de la enseñanza sino también y, sobre todo, por la importancia y la trascendencia de la investigación que se realice en su ámbito y, desde luego, fomentarla por todos los medios.

En segundo lugar, creo que sería altamente deseable que, en el país, se lleguen a crear más centros donde se cultiven disciplinas como las astronómicas y las geofísicas, aunque sea en menor escala que en los centros actualmente existentes, de modo que los egresados de un determinado centro puedan llegar a interactuar positivamente con gente caracterizada por otra formación y otras ideas. Sería algo altamente positivo y ciertamente renovador. Pensemos un poco en esto y actuemos en consecuencia: los resultados serían, seguramente, más que importantes.